

A modo de introducción

Perspectivas regionales en la historia del libro y la cultura escrita de México: un proyecto en construcción

La historia del libro y la cultura escrita en México está viviendo una renovada vitalidad. Si atendemos la delimitación nacional como una de las posibles formas de estudiar los fenómenos de lo escrito, encontraremos una gran variedad de factores y actores que han llevado a cabo procesos sociales y proyectos políticos, a partir de los cuales se han generado discursos, materializado documentos y objetos bibliográficos. A la producción y los repertorios bibliográficos clásicos que se elaboraron en suelo mexicano desde el periodo novohispano, es posible sumar libros, capítulos, artículos y tesis que han aparecido en los últimos 30 años, evidencia clara de que ya contamos con valiosas piezas para encaminarnos a una historia de la cultura escrita en México. Sin embargo, también hay que señalar que muchas de esas producciones se encuentran dispersas, que en gran parte están fuera del alcance de los estudiosos y que la imagen que arrojan es la de una geografía discontinua y fragmentaria; por otro lado, también es innegable que en ellas existe una desproporción estruc-

tural: sobresale, por la atención prestada, lo acontecido en la Ciudad de México, causando la relativa invisibilización del mundo de lo escrito en otras regiones del país.

Sin pretender exhaustividad y mucho menos hacer un listado o enumeración de los cuantiosos aportes de tres décadas, es posible, en cambio, hacer un recuento de algunos de los tópicos que han captado la atención de los estudiosos de estos temas. Los trabajos destinados al período colonial forman quizá el conjunto más abundante: estudios de lectura, bibliotecas, imprentas e impresores y comercio del libro son algunos de los temas que más se han tratado, mediante casos de estudio individuales o a partir de conjuntos documentales más grandes pertenecientes a un siglo concreto –con especial énfasis en los siglos XVII y XVIII– o a una corporación específica –en los que los estudios de bibliotecas de las órdenes religiosas, son un ejemplo–.

Siguiendo la trayectoria cronológica, el segundo momento histórico que mayor atención ha concitado entre los estudiosos es el siglo XIX, período bisagra sin el cual no se comprende el México moderno; momento además en el que confluyeron importantes transformaciones técnicas, materiales y comerciales que estimularon con particular potencia la producción de publicaciones periódicas y nuevos géneros editoriales. Ese interés ha tenido resonancia en numerosos libros y compilaciones en torno a la prensa, en sus relaciones con la política y la literatura y en un segundo cariz en su función de diseminación de conocimientos científicos y técnicos.

Si revisamos las aportaciones referidas a los estudios de la cultura escrita de los siglos XX y XXI es perceptible un retraso cuantitativo y cualitativo comparado con los dos períodos previos, sin desmedro de la calidad de los trabajos tributados a estos períodos más recientes. Hay estudios de colecciones, especialmente literarias, y de editoriales; también se han abordado las relaciones entre el estado nacional, su proyecto educativo, la publicación de libros de texto y

el establecimiento de una red de bibliotecas públicas en el país. Hay monografías de editores e impresores, en especial de los sellos con orientación política o literaria, en las que se han valorado las figuras de intelectuales y escritores en la creación y gestión de revistas culturales y periódicos, y analizado los diversos entramados surgidos de redes intelectuales dentro y fuera de México, y la creciente profesionalización de los actores del circuito del libro –desde los diseñadores gráficos o los libreros, por mencionar sólo algunos eslabones de la cadena del libro–. Por lo que toca a la cultura escrita y editorial del siglo XXI, es posible encontrar nuevos temas, algunos derivados del giro digital, como por ejemplo, las transformaciones del marco legal del libro y el acceso a la información, las bibliotecas digitales y su impacto en los procesos y modos de lectura, las formas de comercialización de las obras, las de exhibición y consumo, los cambios en los procesos editoriales y las variantes de salida de las publicaciones, así como la vertiginosa diversificación de los nichos de mercados.

Sin embargo, del recuento de temas, énfasis y enfoque que se acaba de presentar líneas arriba, salvo escasas excepciones, queda claro que hay una ausencia casi total de la mirada regional, es decir, aquella que preste atención a la producción y circulación de obras de los estados de la República Mexicana; hay una falta de voces que expliquen y aborden de manera sustantiva ejemplos y casos de estudio, así como problemáticas de la cultura escrita y la edición, o aquella que dé cuenta de las particularidades de una zona o región y su aporte a ese todo que llamamos México. Para contribuir a esa mirada en común y a la articulación de un proyecto integral, se precisa de la colaboración multidisciplinaria de especialistas que hayan trabajado algunas de las manifestaciones de la cultura escrita de los diversos periodos históricos. Tras la constatación de esa ausencia de enfoques de estudios nos dimos a la tarea de generar los espacios para activar y dinamizar

la discusión de los temas de la cultura escrita en diversas regiones de la República Mexicana.

Impulsado desde el seno del Seminario Interdisciplinario de Bibliología del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México (SIB-IIB-UNAM) y en estrecha colaboración con instituciones y académicos de diversas regiones del país, en 2016 iniciamos el proyecto de los coloquios regionales, el primero de los cuales fue el Coloquio Regional de Oriente de Historia y Estudios del Libro, llevado a cabo en Puebla, con la Biblioteca Histórica José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. En 2020 se sumó un encuentro hermano: el Coloquio Regional de Occidente de Historia y Estudios del Libro que contó con la co-organización de CIELA Fraguas y la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Finalmente, en enero de 2021, se llevó a cabo el Coloquio Regional del Norte de Historia y Estudios del Libro, co-organizado con la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Baja California. Dichos espacios permitieron el encuentro y el diálogo académico de investigadores procedentes de diversas instituciones educativas de la República Mexicana, en las que se presentaron numerosos casos de estudios, se discutieron metodologías, se plantearon problemas comunes y se expuso una serie de elementos que ha determinado y condicionado el uso y desarrollo de las perspectivas regionales en los estudios de la cultura escrita a través del tiempo. La fertilidad de esos encuentros nos impulsó a reunir las piezas del rompecabezas para balancear, complementar y armonizar las perspectivas casi exclusivamente centralistas que han primado en los estudios de cultura escrita, del libro y la edición en México. En esta obra, ofrecemos un primer panorama para el oriente del país, como expon-dremos a continuación.

Comentarios sobre la historia del libro y la cultura escrita en el oriente mexicano

Ahondar en los estudios e historia del libro de la región oriente de México produciría muchos más volúmenes que el que ahora ofrecemos dado que reúne una gran riqueza cultural y documental que fue uno de sus rasgos distintivos desde tiempos prehispánicos. Actualmente, aunque sectorizados en diferentes estados, los acervos de la región resguardan bienes con valor cultural que aún esperan ser conocidos, estudiados en profundidad y difundidos para contribuir a la preservación de la memoria de la que son testigos.

Desde tiempos precortesianos, en el oriente mexicano se reunieron destacadas civilizaciones que fueron polos de irradiación cultural a otros territorios cercanos y lejanos. Tal fue el caso de Tollan Cholollan (Cholula), cuya ubicación estratégica, de paso obligado, permitió que en ella se concentraran los conocimientos cosmogónico, religioso, científico, social y político; a nivel mesoamericano fue un “lugar que recibe elementos de la cultura madre, la olmeca; asimiló el pensamiento y la sensibilidad de los pueblos oaxaqueños”¹. Quizá lo que le permitió llegar a equipararse con Teotihuacán fue que se consolidó como un gran centro religioso y hasta hoy día sigue siendo un importante núcleo regional. De acuerdo con Serra Puche y Lazcano Arce, Cholula fue un “centro que controlaba el intercambio interregional de materiales que entraban por la zona oriental del estado teotihuacano, así como las rutas que [la conectaban justamente] con las diversas áreas mesoamericanas”². Otro caso fue Cacaxtla, la cual reunió a los diversos grupos que estaban ubicados en el Bloque

-
- 1 Torre Villar, Ernesto de la, *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala* (México: UNAM, IIB, 2009), 42.
 - 2 Serra Puche, Mari Carmen y José Carlos Lazcano Arce, “El Epiclásico en el Valle de Puebla-Tlaxcala y los sitios de Cacaxtla-Xochitécatl-Nativitas”. En: Linda Manzanilla, *Reacomodos*

Nativitas, al sur de Tlaxcala, controlando la región sur del valle poblano. Dada su privilegiada ubicación, por ser el paso entre el centro de México, el altiplano con el golfo, y hacia Oaxaca, Cacaxtla se vio forzada a luchar continuamente por su independencia política ante la llegada de nuevos grupos a la zona norte de Tlaxcala. Ello propició que desarrollaran un robusto sistema político en aras de resolver las problemáticas para un asentamiento múltiple o atomizado, constituido de centros mucho más pequeños que los que caracterizaron a Teotihuacán y a la misma Cholula³. Sólo en el Valle Puebla-Tlaxcala hubo al menos 45 asentamientos diversos, lo que trajo una riqueza lingüística en todo el territorio.

De la misma forma sucedió en la zona de la Mixteca Alta, donde los señoríos de Yahuitlán, Nochixtlán y Chchoapa fueron los pueblos de avanzada de las grandes culturas oaxaqueñas que, en cuestiones documentales, fueron exponentes de una amplia y rica práctica del registro escrito de impronta pictográfica.

Imposible hablar de la riqueza cultural heredada de las culturas prehispánicas mesoamericanas si no se menciona la contribución de sus lenguas indígenas, tales como el náhuatl, el mixteco, el zapoteco, el chocholteco, entre las más notables. Las que mayor grado de influencia tuvieron, lograron persistir hasta nuestros días ante los muchos esfuerzos que hubo, en diversas etapas de nuestra historia, por imponer el castellano como idioma oficial y único. El oriente resguarda una riqueza en documentos prehispánicos y coloniales (como códices manuscritos mixtos) así como en el inicio de la imprenta mexicana que deja entrever el esfuerzo de los misioneros por asimilar estas lenguas para así transmitir con ellas la

demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México (México: UNAM, IIA, 2005), 289.

3 Serra Pucho, Mari Carmen y José Carlos Lazcano Arce, "El Epiclásico en el Valle de Puebla-Tlaxcala...", 287-289.

doctrina cristiana. Miguel León-Portilla describe este proceso como el desarrollo de una “extraordinaria empresa lingüística dirigida a captar y describir las características fonológicas, léxicas y estructurales de los centenares de idiomas nativos”⁴. Como podrá ver el lector en las siguientes páginas, en este volumen incluimos investigaciones dedicadas al estudio de varias expresiones documentales de lenguas originarias, así como diversos esfuerzos por conocerlas, documentarlas y rescatarlas en un estrecho vínculo con los documentos, pues se ha revalorado la contribución de los hablantes para llegar a una comprensión profunda de lo registrado previamente por sus propios ancestros.

Esta relevancia de la región oriental se mantuvo y se potenció con el desarrollo de la cultura virreinal y el establecimiento del imperio español en el Nuevo Mundo. Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca: actuales entidades federativas que durante el periodo colonial fueron espacios estratégicos y mutuamente vinculantes en el desarrollo comercial buscado en la Carrera de Indias, desde Sevilla hasta el puerto de Veracruz, para luego llegar por vía terrestre tanto a la capital del virreinato como al puerto de Acapulco, donde continuaría el recorrido con los navíos que alcanzaban las Filipinas. De todas las ciudades del Virreinato de la Nueva España, Puebla de los Ángeles fue el eje que unió “dos océanos y dos grandes culturas”⁵, fundada en 1531, con la visión de una ciudad bien planeada, donde españoles pobres y vagabundos encontrarán un territorio para continuar con las labores que ejercían en la Península. Para eso, debía estar ubicada donde hubiera abundantes recursos naturales (tres cursos de agua, bos-

4 Miguel León Portilla, “El destino de las lenguas indígenas de México” en Natalio Hernández, *El despertar de nuestras lenguas* (México: Editorial Diana, Fondo Editorial de las Culturas Indígenas, 2002), 2.

5 Ernesto de la Torre Villar, *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala...*, 46.

ques, canteras de piedra, etc.) y donde se pudiera contar con el apoyo de pobladores indígenas vecinos. Para Miguel Ángel Cuenya, sería un territorio donde se pudieran formar verdaderos sistemas y redes urbanas⁶, pues fue pensada como asentamiento para esos grupos europeos que subieron a los navíos atraídos por el deseo de asentarse en una tierra fecunda y hacerse en poco tiempo de una fortuna decente. Para lograr el objetivo de formar una “noble y leal ciudad”, muy pronto fue necesario también abonar en una construcción material y también en una intelectual. Ambos cabildos, civil y catedral, así como las propias órdenes religiosas, contribuyeron cada uno en estos aspectos haciendo que en fechas muy tempranas, la ruta oceánica incluyera en los navíos cajones de libros importados desde la Península, adicionales a los que venían en las valijas de importantes personajes. El negocio del libro proliferó y con ello se conformaron importantes colegios, que contaron cada uno, con sus propias bibliotecas. Los conventos de las órdenes también encontraron en la Carrera de Indias y con los libreros, establecidos tanto en la capital como en la ciudad, la forma de hacerse de importantes ediciones recién salidas de las prensas europeas. Y a la par de las bibliotecas, la vida misma fue generando documentos notariales y obras gráficas que acumularon y retrataron en sus letras e iconografías el devenir de esta noble ciudad. Tan importante fue esta visión, que uno de sus más destacados obispos, don Juan de Palafox y Mendoza, contribuyó a la construcción de una biblioteca cediendo su propia colección personal que hoy, en honor a su nombre, conocemos como Biblioteca Palafoxiana. Pero su mirada estratégica no se detuvo en formar una biblioteca sino en promover que Puebla tuvie-

6 Carlos Contreras y Miguel Ángel Cuenya, “La fundación de la ciudad: historia de un proyecto social” en Carlos Contreras y Miguel Ángel Cuenya, *Puebla, Historia de una identidad regional. Tomo I* (Puebla, Mex: Biblioteca Milenio de Historia, 2012), 29.

ra su propia imprenta. Durante la cuarta década del siglo XVII, la ciudad empezó a contar con incipientes talleres tipográficos y, con ellos, la oportunidad de dejar testimonios publicados de su propio desarrollo en todos los ámbitos de la vida social, y permitieron además la producción de impresos de otras ciudades de la región oriente e inclusive de zonas más alejadas, como la Tarahumara, en el lejano norte novohispano.

Entrando el siglo XIX, tras los movimientos de Independencia, la prioridad que enfrentaron los estados fue dotarse de una organización político-administrativa eficiente, que incluía transformar las instituciones educativas del periodo virreinal con un sistema nuevo, “alejado del carácter regalista para que sirvieran al proyecto nacional”⁷. Para ello, se crearon de forma casi simultánea, instituciones como el Colegio del Estado de Puebla (1825), el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca (1826) y, más adelante, el Colegio Preparatorio de Xalapa (1843), por mencionar algunos. Ello fue muestra del interés de las entidades regionales por atender dos de los tres niveles educativos: colegios de segunda enseñanza y de estudios superiores. En medio de la turbulencia política en que surgieron, dichas instituciones generaron a lo largo de este siglo un nuevo corpus bibliográfico, dotando a sus bibliotecas con ediciones que reforzaron los nuevos saberes emergentes. Algunas de ellas abrieron en algún momento como bibliotecas públicas para uso de la ciudadanía así como de estudiantes de otras instituciones nacientes, al tiempo que se veían beneficiadas por donaciones de algunos volúmenes o incluso colecciones completas de ilustres miembros de la sociedad.

7 Herrera Feria, María de Lourdes, Rosario Torres Domínguez, y Edgar I. Mondragón Aguilera, *El Colegio del Estado y sus documentos fundacionales* (México: BUAP, Biblioteca Histórica José María Lafragua, 2017), 15.

Derivado de los conflictos entre la Iglesia y los gobiernos liberales, fue en esta etapa que los acervos estatales y nacionales dieron cabida a las bibliotecas procedentes de los conventos e institutos religiosos suprimidos, producto de la Ley de Desamortización de los bienes del clero; algunas, de forma temprana; otras, hasta la década de los sesenta del siglo XIX. Valiosas todas ellas, pues fueron fruto de la reunión paciente de los escritos e impresos tanto de los saberes novohispanos como de los europeos, así como de la producción intelectual de sus propios miembros (hombres y mujeres), si bien, en ese momento fueron poco atractivas y, por ende, poco atendidas, considerando la nueva perspectiva educativa regional y nacional de corte liberal o positivista. Sin embargo, su resguardo fue mejor que su pérdida; así esperaron a que en la siguiente centuria se les revalorara como colecciones históricas de fondo antiguo. Estas instituciones decimonónicas constituyeron el antecedente de muchas universidades públicas. Está por demás mencionar que en este siglo abrió sus puertas la Biblioteca Nacional de México.

Durante el siglo XIX las autoridades locales, amparadas en la autonomía que les brindaba el sistema federal, buscaron, a su manera y a través de distintos tipos de instituciones, que la población se instruyera y progresara de forma más equitativa, creando organismos como las escuelas de primeras letras, las academias de bellas artes, medicina o derecho, los institutos literarios, las escuelas de artes y oficios o las escuelas nocturnas a las que acudían artesanos de diversas especialidades técnicas, tratando de dotarlas de bibliotecas especializadas o incluso generando sus propios materiales editoriales de estudio.

A pesar de estos esfuerzos, México ingresó al siglo XX con 80% de analfabetismo en su población, pero los ideales educativos de los liberales se vieron concretados con la Revolución mexicana. De nada servía generar más bibliotecas si los sectores populares (fuerza de trabajo) no se apropiaban “de la lecto-escritura como herramienta

necesaria para alcanzar una formación técnica que les posibilitara el desempeño de sus labores [...] así como una conciencia nacional de unidad e identidad [...] como ciudadanos”⁸. Fue el siglo xx el que registró cambios importantes en cuanto a la historia y estudios del libro, pues una vez creada la Secretaría de Educación Pública (1921), los esfuerzos regionales fueron supeditados al programa nacional; las escuelas para instrucción primaria, secundaria y preparatoria, así como los bachilleres técnicos contaron con sus propias bibliotecas; se multiplicaron las que ofrecían un servicio público; en las instituciones de educación superior, tanto públicas como privadas, se multiplicaron al generar colecciones dedicadas a las carreras por facultad, separándolas de las colecciones históricas o patrimoniales que van a tener un tratamiento distinto reconociéndolas como bienes patrimoniales de la nación que requerían una legislación que los protegiera.

En dichas instituciones se generaron las direcciones generales de bibliotecas, algunas de las cuales se consolidaron más adelante, casi al final de la centuria, como Centros de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI). La revolución de la Internet volvió mucho más visible la riqueza de las colecciones bibliográficas de que somos herederos con la creación de catálogos electrónicos que permiten saber qué ejemplares hay en cada una al grado de poner muchos de ellos al alcance de todos por medio del libro electrónico. La catalogación de los recursos bibliográficos históricos empezó a diferenciarse de la dedicada a las obras de consulta para estudiantes y docentes. Con ello, se resaltaron sus valores intrínsecos e históricos que los hacen diferentes y que constituyen el patrimonio bibliográfico de la nación.

8 Martha Alicia Añorve Guillén, “El movimiento constitucionalista revolucionario (1913-1920) promotor de la Biblioteca en la educación y en la conformación de una sociedad mexicana usuaria del libro y la biblioteca”, en *Revista General de Información y Documentación* (2004, 14, núm. 2), 189-203.

Organización de la obra

El libro que aquí presentamos cuenta con diez capítulos que cubren tres grandes temáticas o apartados: la producción manuscrita, de carácter histórico y literario; las bibliotecas, sus contenidos, organización e historias y algunos aspectos de la edición, impresión y artes visuales del mundo del libro del oriente de México.

El primer ensayo titulado “La tradición Mixteca-Puebla en el valle de Oaxaca posclásica. Una reflexión sobre la filiación lingüística de sus portadores” es de la historiadora del arte Saeko Yanagisawa, miembro del Seminario Interdisciplinario de Bibliología del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México. En su trabajo, la investigadora plantea las importantes relaciones que existen entre lengua y escritura para una amplia región del suroriente de México y qué tipo de vínculo mantienen esos registros visuales con los grupos étnicos concretos, enfocándose específicamente en el tipo de registro denominado “la tradición estilística e iconográfica Mixteca-Puebla” que, a diferencia de la escritura zapoteca o maya, es un sistema pictográfico que trasciende barreras lingüísticas, pues no se basa en una lengua concreta.

La investigadora expone que hay una confusión al considerar el estilo Mixteca-Puebla como marcador de un cierto grupo étnico-lingüístico descartando que otros grupos puedan ser su portador. Si bien es cierto que los códices y la cerámica polícroma producidos por los mixtecos son los objetos representativos de esta tradición gráfica, se sabe también que en la víspera de la Conquista los mixtecos bajaron al valle y permanecieron ahí. Sin embargo, los zapotecos también habitaban esa zona y hasta el día de hoy continúan asentados en el valle de Oaxaca. En esa medida, si bien la “escritura zapoteca” desapareció tras la caída de Monte Albán, los zapotecos participaron activamente en la difusión del fenómeno Mixteca-Puebla. En su

trabajo, la historiadora del arte analiza los materiales de dicha tradición, las fuentes escritas y los datos arqueológicos para entender la situación del valle de Oaxaca en el Posclásico tardío.

De los textos de tradición indígena nos movemos a una modalidad específica de la cultura escrita que articula un binomio particular: mujeres y literatura. Las vidas de personajes femeninos son tratadas en el capítulo “Juana de Irazoqui y Catarina de San Juan: la espiritualidad novohispana visibilizada por el padre Alonso Ramos” por la investigadora Robin Ann Rice Carlssohn, de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. La académica plantea que, si bien se ha mencionado que la aparición del género novela se vincula con obras de personajes como Carlos de Sigüenza y Góngora o Fernández de Lizardi, los componentes del género ya estaban presentes en las vidas de religiosos que se produjeron desde el siglo XVI en Nueva España. De esa categoría refiere además que las vidas que se relacionan específicamente con las religiosas tuvieron un auge particular en la Puebla de los Ángeles de la mano del jesuita Alonso Ramos, autor de la vida de Catarina de San Juan, obra que ocupó tres tomos, siendo el texto más voluminoso publicado en tierras novohispanas en la última década del siglo XVII. En esa obra figura Juana de Irazoqui, un espíritu afín a la protagonista de quien Ramos también escribió un voluminoso texto. Rice Carlssohn aborda ambas obras para subrayar que reúnen todas las propiedades de una novela imaginativa bajo la guisa de una vida de religiosas normalmente auspiciada por la Iglesia y que el esquema que siguieron es el de *exempla* orientado a guiar a los fieles en los modelos de virtud cristiana.

Entrando de lleno es el rubro de trabajos dedicados a los acervos documentales está el apartado titulado “Las bibliotecas franciscanas durante el Virreinato. Una breve visión a través de documentos” de la mano del padre Francisco Morales Valerio, de la Biblioteca Franciscana de la Universidad de las Américas Puebla. Siguiendo la línea

que desde los años de la década de 1940 había iniciado Alberto María Carreño al abordar el tema de “La primera biblioteca del continente americano” en la que describe precisamente la de fray Juan de Zumárraga, Morales Valerio se aproxima a un conjunto de acervos históricos derivados de las labores doctrinales de la primera orden que se asentó en suelo americano. A partir de una rica variedad de fuentes manuscritas, de las que se derivan datos comerciales y costos para proveer desde España de libros para los frailes, en el texto se aprecia la importancia que la cultura bibliográfica tuvo desde muy temprano para dicha orden y a lo largo del periodo colonial. Asimismo, se vislumbran las preocupaciones y las aficiones intelectuales de los franciscanos y los cambios de gustos literarios que se dieron de acuerdo con los procesos evangelizadores y las corrientes de pensamiento de las épocas. En este ensayo, Morales Valerio analiza media docena de inventarios de algunas bibliotecas de conventos franciscanos de los pueblos de la Provincia del Santo Evangelio de México, que se resguardan en el Fondo Franciscano de la Biblioteca de Antropología e Historia, para describir sus contenidos y comparar esas bibliotecas con la del Convento Grande de San Francisco de la Ciudad de México.

Dentro del rubro de bibliotecas de las órdenes regulares, el historiador Edgar Iván Mondragón Aguilera, bibliotecario de la Biblioteca Histórica José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, nos ofrece el ensayo “Los libros de los jesuitas en manos de los ilustrados. Tras las pistas de la herencia jesuita en la Biblioteca del Real Colegio Carolino. Puebla (1767-1825)”. El objetivo de su trabajo es exponer la manera en que las autoridades y los integrantes del Real Colegio Carolino se apropiaron conceptual y físicamente de los libros y otros materiales de los jesuitas expulsos, al tiempo que conformaban su propio acervo, poniendo de relevancia los cambios y las continuidades en la historia del libro en Puebla, en plena etapa de transición moderna y pro-

toindependentista. A partir del estudio microhistórico de la documentación, y particularmente de los inventarios y reglamentos colegiales, Mondragón Aguilera vislumbra la forma en que el legado bibliográfico fue recibido, reconfigurado y reorganizado, sin dejar a un lado los materiales y espacios que necesariamente los acompañan y enmarcan, y el papel que jugaron dentro de las aspiraciones y paradigmas de una naciente institución de corte ilustrado y borbónico.

La riqueza de algunos de los fondos antiguos y modernos de la zona oriente del país es tratada en el capítulo “Una biblioteca especial para una región extraordinaria. Las colecciones de la biblioteca del Centro INAH Puebla” autoría de Irlanda Patricia Ochoa Ortiz y Jesús Joel Peña Espinosa, ambos, del citado centro. En esta aportación se hace la descripción y análisis de las colecciones que constituyen parte de dicho acervo, especializado en los resultados publicados desde las disciplinas antropológicas, la historia y la historia del arte sobre la región, lo que convierte a esa biblioteca en única dentro del Estado de Puebla. Se destacan de forma particular las colecciones personales de Paul Kirchhoff y María Elena Landa y los papeles sueltos que formaron parte de los archivos de los monasterios femeninos exclaustros en 1934. El ensayo ahonda en el origen de la biblioteca en tanto una expresión palpable de la política del Instituto Nacional de Antropología e Historia por extender su presencia en los estados federados y ampliar las posibilidades de investigación sobre múltiples áreas culturales.

De los recintos poblanos pasamos a los de Veracruz, con el trabajo conjunto de Martín Páez Bistrain, Aristeo Marín Ávila y Fernando Hernández, adscriptos a la Unidad de Servicios Bibliotecarios y de Información de la misma universidad, que lleva por título “Los recursos documentales que componen las colecciones especiales de la Universidad Veracruzana”. Al igual que otras instituciones educativas, la Universidad Veracruzana cuenta con un ri-

quísimo patrimonio documental que a la fecha asciende a más de 20,000 ejemplares. Las tareas bibliotecarias, que se remontan a 1957, han implicado la preservación y conservación de recursos documentales. El fondo antiguo de la colección especial de la institución está compuesto, entre otros, por *Los cinco libros* de Séneca, cuya edición data de 1491; numerosos impresos mexicanos del siglo XVIII; un conjunto de ediciones de la familia Elzevir y *Il Gazzetiere americano* de 1763, por mencionar algunos de los más destacados ejemplares. Además se resguardan los Archivos Notariales de Xalapa, Córdoba y Orizaba de los siglos XVI al XIX; las publicaciones periódicas de los años 1722 a 1950, y las derivadas de la producción editorial de la propia Universidad; y finalmente, las bibliotecas personales de los escritores Sergio Pitol y Juan de la Cabada y del ex gobernador Teodoro A. Dehesa.

De la autoría conjunta de Marina Garone Gravier, investigadora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y Mercedes Isabel Salomón Salazar, directora de la Biblioteca Histórica José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, podremos leer “Mujer e imprenta en Puebla: dos casos novohispanos”. En su trabajo se aborda la labor de Inés Vázquez Infante y Manuela Cerezo, quienes tras enviudar quedaron al frente de sendos talleres tipográficos; una, a mediados del siglo XVII, y la otra, desde los albores del XVIII, en la Puebla de los Ángeles. Sus nombres permanecieron casi en el anonimato por mucho tiempo y sólo se las encontraba bajo la designación de “la viuda de”. En ambos casos, la labor de estas mujeres dio continuidad y estabilidad a los talleres bajo cuya dirección se emitió una considerable cantidad de impresos: más de 40 Inés y casi 30 Manuela. Sus tareas se extendieron por varias décadas y laboraron de forma ininterrumpida, siendo en cada período las únicas mujeres impresoras en la ciudad angelopolitana. En el ensayo se pone en valor el trabajo de dos mujeres de la épo-

ca colonial en Puebla y se las incluye en la historia del libro y de la imprenta, mediante importantes y poco conocidas noticias documentales, las autoras amplían y contextualizan el conocimiento sobre las actividades editoriales de las mujeres en la Nueva España, y se detienen en la descripción material de algunos de los impresos de esas impresoras, que se encuentran en repositorios mexicanos y norteamericanos.

El esquema del libro sigue con la aportación del grabador y profesor de la Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán de la Universidad Nacional Autónoma de México, Héctor Raúl Morales Mejía, quien aborda un aspecto de la materialidad del libro del periodo novohispano: los procesos de impresión y en particular, la producción de imágenes con técnicas de grabado en madera y metal. En “Aspectos formales de los mapas de la suntuosa biblioteca del Insigne Seminario Palafoxiano de la Puebla de los Ángeles de 1773 de Michael Zendejas y Josephus Nava”; el académico explica que los grabadores novohispanos transitaron tres siglos de administración hispánica sin mayores recursos que sus limitaciones en insumos, herencias y ordenanzas, con referentes directos y con estupores técnicos. Si bien los productos gráficos coloniales se inscriben de forma general en los parámetros imperantes a nivel internacional en la tecnológica de ese momento histórico, también es cierto que de la apreciación formal de los trabajos del periodo es posible colegir una serie de consideraciones. En este ensayo, y a partir de algunas piezas vinculadas con la visualidad poblana, Morales Mejía deriva y explica las condiciones propias de espacios, presupuestos, personal e insumos para imprimir y las jerarquías laborales. Además, a partir del análisis iconográfico, del estudio material directo de las matrices de cobre, la revisión de múltiples impresiones y la comparación con otros grabados novohispanos y europeos, el grabador propone un análisis de los elementos compositivos de la obra, el dibujo y la perspectiva, y la relación

de esto con el tratamiento lineal producido por las incisiones con buril, que permiten identificar los aspectos materiales y formales de la estampa virreinal.

Durante el periodo colonial hubo otra importante manifestación cultural que vinculó la cultura visual y la escrita; por ello, en el ensayo “Alma y cuerpo del libro en la Nueva España”, Laurence Guilaine Le Bouhellec, profesora de la Universidad de las Américas, Puebla se interesa en ciertas relaciones entre libros de preceptiva y obras pictóricas. La investigadora explica que en la estructura de la educación infantil de aquella época, fuertemente marcada por la doctrina cristiana, se siguieron algunas de las líneas pedagógicas renacentistas que consideraban la armonía entre mente y cuerpo, y el impacto que aquellas ideas tuvieron sobre los cuerpos humanos en general, se veía reflejado de manera ejemplar en los retratos de la élite novohispana. Tomando como cierta la relación especular, indica que “el cuerpo es la imagen del alma”, el alma es susceptible de ser educada y moldeada mediante preceptos cristianos que describen formas y gestos de las personas como símbolos de virtud. En esa medida, el retrato de la época no es un mero traslado de los rasgos fisonómicos puros de los seres humanos sino que encarnan la representación histórica de lo que deben ser las personas con relación a los principios religiosos. La investigadora desentraña esa impronta moral de los personajes pictóricos, profundiza en sus rasgos psicológicos a través de elecciones de la vestimenta, el arreglo y el adorno; elecciones y rasgos morales que, de alguna manera, están asentados, tipificados y descritos en los libros que leyeron y con los que se educaron.

El volumen cierra con la contribución de Viridiana Vera Gracia, académica de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla y Universidad Anáhuac Puebla quien, a partir de un manuscrito localizado en la Catedral de Puebla que abarca el periodo 1831 a 1835, pudo reconstruir el funcionamiento, los materiales con los que se

trabajaba en su ámbito cotidiano, así como la circulación de impresos en territorios aledaños a la capital poblana de una imprenta. El ensayo “San Pedro: una imprenta hospitalaria de la Puebla de los Ángeles, de 1831 a 1835” es relevante porque da cuenta de cómo en el hospital del Señor San Pedro (1538-1917), del que se deriva la Academia Médico Quirúrgica de Puebla, se mandó a comprar una imprenta a Londres en 1830 a cuenta del Gobierno, la cual, equipada con 21 cajones de las letras más comunes, sirvió para imprimir libros, revistas, recetas, libros para llevar el control de los enfermos y especialmente, estampar las etiquetas para los medicamentos de la botica a cargo de Antonio de la Cal y Bracho.

No ha sido el ánimo de esta iniciativa editorial cerrar y delimitar los temas y problemas que interesan a la cultura escrita del oriente del país, sino más bien dar espacio y escuchar las voces que paulatinamente nos permitirán contar con un panorama más rico, diverso e incluyente de la historia y los estudios del libro en México.

Marina Garone Gravier
y Mercedes I. Salomón Salazar
*Entre Amatlán de Quetzacóatl
y Puebla, julio de 2021*

Agradecimiento

A Fernanda Sosa y Rebeca Marroquín, por su apoyo en las tareas de coordinación, seguimiento y cuidado del proyecto editorial.

Fuentes de consulta

- Añorve Guillén, Martha Alicia, "El movimiento constitucio-
nalista revolucionario (1913-1920) promotor de la
Biblioteca en la educación y en la conformación de
una sociedad mexicana usuaria del libro y la biblio-
teca." En: *Revista General de Información y Documen-
tación* (2004, 14, núm. 2), 189-203.
- Cuenya, Miguel Ángel y Carlos Contreras, "La fundación
de la ciudad: historia de un proyecto social" en *His-
toria de una identidad regional. Tomo I*, editado por
Carlos Contreras y Miguel Ángel Cuenya, (Puebla,
Mex: Biblioteca Milenio de Historia, 2012), 29.
- Herrera Feria, María de Lourdes y Rosario Torres Domín-
guez y Edgar I. Mondragón Aguilera, *El Colegio del
Estado y sus documentos fundacionales* (México: BUAP,
Biblioteca Histórica José María Lafragua, 2017), 15.
- León Portilla, Miguel, "El destino de las lenguas indíge-
nas de México" en Hernández Natalio, *El despertar
de nuestras lenguas* (México: Editorial Diana, Fondo
Editorial de las Culturas Indígenas, 2002), 2.
- Serra Puche, Mari Carmen y José Carlos Lazcano Arce, "El
Epiclásico en el Valle de Puebla-Tlaxcala y los sitios de
Cacaxtla-Xochitécatl-Nativitas" en *Reacomodos demo-
gráficos del Clásico al Posclásico en el centro de Méxi-
co*, editado por Linda Manzanilla, (México: UNAM, IIA,
2005), 289.
- Torre Villar, Ernesto de la, *Biobibliografía de los escritores
de Puebla y Tlaxcala* (México: Universidad Nacional
Autónoma de México, Instituto de Investigaciones
Bibliográficas, 2009), 42.